

SILVERS, Robert B. y EPSTEIN, Barbara (eds.), *Striking Terror. America's New War*, Nueva York, Review of Books, 2002.

Es una terrible y peligrosa arrogancia creer que sólo tú tienes la razón: tener un ojo mágico que ve la verdad; y que otros no pueden tener la razón si están en desacuerdo.

Isaiah BERLIN

El título de la obra que nos ocupa resulta pertinente debido a la situación por la que el mundo pasó en los últimos dos años. Su contenido multidisciplinario engloba las opiniones de dieciséis de los más prestigiados críticos internacionales que analizan la política exterior estadounidense de una manera objetiva y bien fundada. *Striking Terror* nos cautiva con sus argumentos a tono con la realidad que estamos viviendo, adecuándose y ayudándonos a comprender la última guerra emprendida por Estados Unidos de América en donde el derecho internacional fue seriamente cuestionado y en la que dicho país fue escasamente sancionado: la guerra contra Irak en el 2003.

Si bien la obra hace referencia a la guerra contra el terrorismo que Estados Unidos de América emprendió a raíz de los atentados del 11 de septiembre del 2001, resulta eficaz en el análisis de toda la maquinaria que mueve la política exterior estadounidense, al tiempo que constituye una herramienta útil para comprender los actos que le siguieron a este hecho tan trascendente en la historia de este siglo.

En el momento que este libro fue editado, Estados Unidos de América había experimentado una de las crisis más severas por las que había pasado desde su corta existencia como Estado-nación. El 11 de septiembre demostró, como bien lo apunta el prestigiado internacionalista Stanley Hoffman, que un pequeño número de conspiradores bien organizados podía hacer temblar a la única superpotencia, y que ésta no era inmune a

su propio veneno: el odio provocado por su arrogancia, egoísmo y falta de reciprocidad con respecto al mundo.

La razón de los ataques a las Torres Gemelas que George Bush y el *establishment* difundieron al interior del país fue que dicho odio materializado en el terrorismo era generado por el rechazo a la democracia, a la libertad y a la sociedad abierta, así como que los ataques en su contra se deben a que dichos países menoscaban las libertades de los ciudadanos estadounidenses. No obstante, esta perspectiva simplista y autojustificatoria del problema es aclarada y confrontada por los autores a lo largo de la obra, en la que se puede percibir claramente que el verdadero problema reside precisamente en el sentimiento antiamericanista que Estados Unidos de América se ha encargado de albergar en las mentes de gran parte de los países del mundo. “En muchos países tercermundistas e islámicos, el antiamericanismo no es tanto un enojo como un instrumento empleado para conciliar su propia falta de democracia y para reforzar el poder de dictadores locales”.¹

El realismo político caracteriza a la política exterior de Estados Unidos de América, quien sitúa sus intereses por encima de todo lo demás, buscando ventajas inmediatas de otros países y desechándolos después; comprando aliados, neutralizando enemigos, y llevando a cabo múltiples actos que han incrementado el sentimiento antiestadounidense en el mundo.

A raíz de los ataques del 11 de septiembre, Estados Unidos de América emprendió una lucha antiterrorista sin siquiera tener claro el blanco de su lucha; ¿es a caso contra el terrorismo en general? ¿es contra aquellos regímenes o Estados que albergan a terroristas, o bien, contra todo el mundo árabe-islámico? Osama bin Laden y su red de terroristas son sólo un síntoma extremo del antiamericanismo que corroee a las sociedades del mundo árabe e islámico. El principal motivo de este odio es la inclinación y favoritismo de Estados Unidos de América por Israel. Por otra parte, la guerra de este país contra Afganistán fue declarada como reacción a los acontecimientos del 11 de septiembre, para demostrar lo que ocurre con regímenes que albergan terroristas. Sin embargo, este tipo de contraterroismo no hará más que empujar a las redes terroristas a la clandestinidad y dispersión. Estados Unidos de América deberá entender que el terrorismo no puede vencerse con ataques militares, pues ello lo único que consi-

que es perpetrar e incluso incrementar el resentimiento y también despertar nuevos brotes terroristas cuyo blanco sería cualquier cosa que huela a Estados Unidos de América.

A raíz de los atentados, Estados Unidos de América se ve urgido a construir una nueva estructura de seguridad nacional que incluya una política exterior de características distintas a las que ha tenido en la última década. Deberá renunciar al unilateralismo en tanto que las fronteras entre lo interno y lo internacional cada vez son más difusas y la cooperación internacional se torna una preeminencia para que los Estados logren cumplir sus intereses legítimos. Estados Unidos de América se ve obligado a tomar en cuenta estos últimos y optar por la reciprocidad al momento de solicitar la ayuda o el apoyo de otros Estados.

Estados Unidos de América debe arrancar el problema del terrorismo de raíz, no superficialmente. Para ello debe comprender antes que nada que el sentimiento antiamericanista que prevalece en numerosas naciones subdesarrolladas e islámico-árabes no se debe a sus supuestas bondades en lo interno (la democracia, la libertad, etcétera) sino que en realidad es originado por su arrogancia en la toma de decisiones, por su desinterés por los problemas que acogen a estos países. Si la causa de Estados Unidos de América es verdaderamente la humanidad, si el terrorismo contra civiles es algo que amenaza a todos y si la seguridad contra los ataques terroristas es un bien público universal, entonces Estados Unidos de América debe comportarse no como un país que busca vengarse por lo que le pasó con el poder de someter a cualquiera, sino como un Estado que busca un mandato global y aceptar las normas y constreñimientos del derecho internacional. Durante muchos años, Estados Unidos de América se ha sentido la nación indispensable, los portadores de la democracia, la paz y la prosperidad. No ha sido lo suficientemente sensible a los temores de otros por sus culturas y la forma en que la globalización las afecta.

Como Stanley Hoffman afirma en esta obra, Estados Unidos de América tendrá un mayor apoyo y autoridad si sigue una política de mayor humildad, atención a las peticiones de otros, mayor determinación para reducir su dependencia en aliados dudosos, y más disposición para hacer que otros actores hagan más. Este país deberá “entender a la pobre, resentida y ‘equivocada’ mayoría que no pertenece al Occidente”.²

Los diversos analistas, científicos y periodistas de esta obra, figurando Philip C. Wilcox Jr., Isaiah Berlin, Orhan Pamuk, Pankaj Mishra, Tim Judah, Steven Simon, y Stanley Hoffman, entre otros, explican la forma en que este país podrá enfrentar los retos que representa el ser una nación tan poderosa y odiada, al tiempo que analizan los orígenes de este antiamericanismo y proponen algunas alternativas viables para Estados Unidos de América. La recapacitación, reflexión y autoanálisis de su política exterior podrían lograr que este país quede libre del terrorismo que actualmente amenaza sus fronteras. De lo contrario, se verá enredado con una serie de políticas antiterroristas y de una desconfianza generalizada que no hará más que poner en peligro la seguridad del mundo entero.

Ingrid BERLANGA VASILE*

* Licenciada en relaciones internacionales, UNAM.